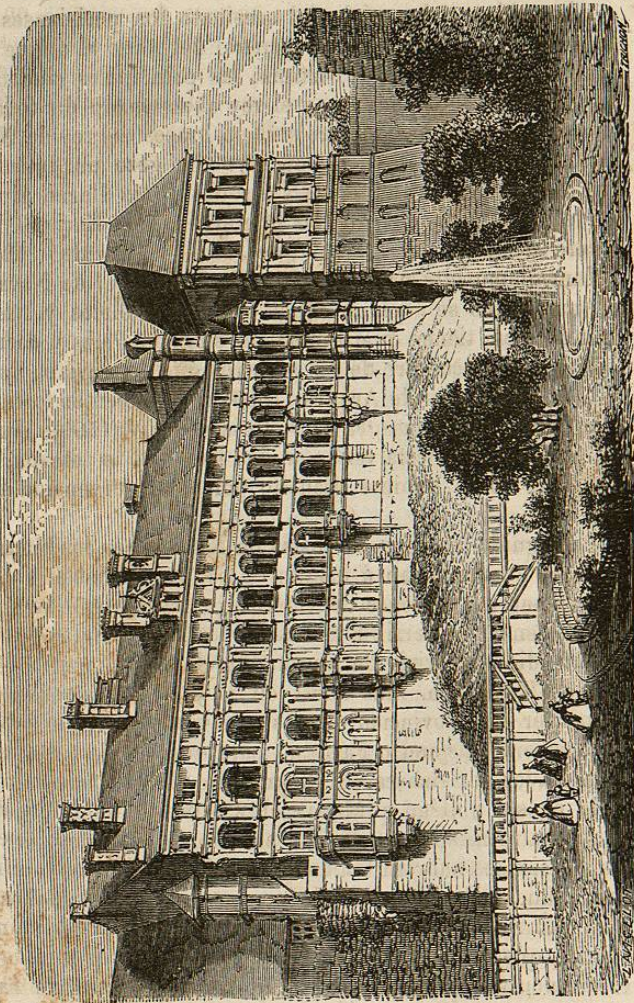


tensiones de los Guisas hasta que llegara el momento oportuno de descubrirlas á la faz del reino. Por el pronto circulaban ya en las provincias nuevas genealogías en las cuales presentaban á los Guisas como descendientes de Carlo Magno para atribuirles un derecho superior al de los Valois, y al propio tiempo el papa Sixto V declaraba á los dos Borbones Enrique y Condé indignos de la sucesion á la corona, despojándoles para ello de sus derechos de príncipes de linaje real, sin que de nada sirvieran las memorables protestas del parlamento contra aquellas violencias que hacian á las conciencias, « las cuales no están bajo el dominio del hierro y del fuego, » y contra la bula del papa que llamaba atentado á la independencia del trono.

Entonces comenzó la guerra de los tres Enriques (1586-1589), Enrique de Navarra, Enrique de Francia y Enrique de Guisa. El primero rompió las hostilidades con una gran victoria, la única que hasta aquel dia habian alcanzado los hugonotes en batalla campal. El ejército real fué casi enteramente destruido en Coutras, muriendo allí Joyeuse, uno de los miñones del rey (1587); pero por el norte, el duque de Guisa venció en Vimory y en Auneau á un ejército que los príncipes reformados de Alemania enviaban en socorro de sus correligionarios de Francia. Enrique III derrotado dos veces por el descalabro de su favorito y por los triunfos de su rival, quiso intimidar á la poblacion parisiense adicta á la Liga y al duque, y hubo una insurreccion, la ciudad se cubrió de barricadas los suizos (algunos miles de hombres) fueron envueltos y desarmados y con gran trabajo pudo él escaparse.

Por los dias en que Guisa entraba triunfante en Paris (marzo de 1588), salia la Invencible Armada de los puertos españoles. Todo prometia, pues, á Felipe II y al catolicismo una brillante victoria; pero en julio perece la Armada y Enrique III recobrando ánimo, se hace afable y humilde con sus enemigos, nombra al duque de Guisa teniente general del reino, promete una guerra implacable contra los hugonotes y congrega los Estados en Blois, y cuando consigue por este medio atraer al duque, dispone su asesinato



Palacio de Blois.

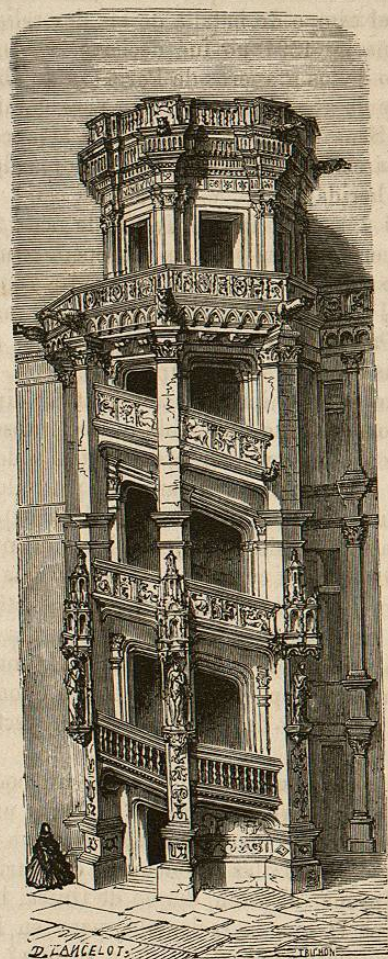
(23 de diciembre). El día siguiente mataron al cardenal de Lorena con las alabardas.

Ahora bien, á la noticia del asesinato los parisienses se sublevan : nombran teniente general del reino al duque de Mayena, hermano de la víctima, las principales ciudades se adhieren al movimiento, y el rey abandonado de todos, se ve en la precision de arrojarle en brazos del rey de Navarra. Enrique de Borbon concluye con gozo una alianza que da legalidad á sus armas y los dos reyes llegan á poner sitio á Paris con 40,000 hombres ; pero Enrique III muere asesinado por el puñal de Jacobo Clemente (1589).

Inmediatamente proclaman rey de Francia al de Navarra ; mas como se separan de él muchos católicos y hasta protestantes, tienen que levantar el sitio de Paris y correr á Dieppe al encuentro de los socorros que le enviaba Isabel. Los combates de Arques (1589) restablecen su fortuna y su fama, que consagra la victoria de Ivry (1590), Paris sufre otro sitio, y esta vez la ciudad habria sido tomada, si Felipe II no se hubiese resuelto por una intervencion activa.

Perseguido hasta en las costas de España por los buques ingleses que llegaban á insultar á Cádiz y á Lisboa y que capturaban los galeones de América, tenia al mismo tiempo que sostener una terrible guerra en los Países Bajos contra el entendido Mauricio de Nasau, hijo de su memorable víctima el Taciturno. Mas aun : en 1590 se vió amenazado de perder sus provincias valonas ; y sin embargo, dió orden á su general Alejandro Farnesio para que á toda costa auxiliase á los parisienses. El duque salió de Valenciennes el 4 de agosto y llegó á Meaux el 23, muy á tiempo, pues hacia cuatro meses que duraba el sitio. « Dos dias mas y los parisienses habrían tenido que abrir sus puertas, » dice una crónica. Enrique salió al encuentro de los españoles para reñir batalla en los llanos de Chelles. El duque de Parma, que era un buen táctico, entretuvo cuatro dias con escaramuzas á los franceses y el quinto, aprovechando una densa niebla, sorprendió á Lagny del Marne, de donde lanzó una flotilla con soldados y víveres para el abastecimiento de

Paris. Todo el trabajo de una laboriosa campaña se habia perdido.



Escalera del palacio de Blois.

Si los católicos españoles é italianos sostenian á los de la

Liga, los protestantes no abandonaban á Enrique IV, que recibió de refuerzo 7,000 ingleses, 2,000 holandeses y 12,000 alemanes mandados por el vizconde de Turena : la Francia era el campo de batalla de las dos religiones.

La campaña de 1591 no fué decisiva. Enrique tomó á Chartres, uno de los graneros de Paris (19 de abril), y trató en noviembre de apoderarse de Ruan para dominar la Normandía y el Sena inferior: Farnesio le arrancó una conquista que parecia segura; pero en la toma de Caudebec recibió una herida grave, y estando en cama aun, Enrique IV atacó á su ejército en Ivetot, le mató 3,000 hombres y le encerró en una posicion desesperada entre el Sena y el mar. No obstante, el duque de Parma consiguió salir de aquel mal paso y atravesó el rio; pero murió á su regreso á los Países Bajos, con lo cual Enrique se vió libre de uno de sus adversarios principales.

En aquellos dias se habia introducido la division en la Liga como consecuencia inevitable de los reveses de fortuna. Los Diez y seis se vengaron de Arques y de Ivry sobre los católicos moderados y enviaron al patíbulo á Brisson, presidente del parlamento (noviembre de 1591). Amedrentado Mayena proscribió á los jefes del movimiento popular, mandó decapitar á cuatro de los Diez y seis, disolvió su consejo y confió los cargos municipales á políticos declarados (febrero de 1592); con lo que suprimió la porcion revoltosa del partido, pero que era tambien la mas enérgica, y de aquí una sorda oposicion, secretamente fomentada por la España, que sirvió de rémora á los proyectos de Mayena.

Sin embargo, el clamor público pedia un poder definitivo, y en su vista Mayena congregó en Paris un simulacro de Estados generales (enero de 1593), en cuyo seno se ostentaron á la clara luz las ambiciones contrarias. Querian la corona Mayena, el jóven duque de Guisa, hijo del Balafre, y Felipe II que la reclamaba para su hija Isabel. « ¿ Qué esposo destina el rey Felipe á su hija? » preguntó un diputado. Y respondió el embajador español: « El archiduque Ernesto de Austria. » Hubo una explosion de

murmillos, porque todos esperaban el nombre del duque de Guisa. El embajador quiso atenuar la falta accediendo al deseo general; pero era tarde: intervino el parlamento y resolvió contra las pretensiones del rey de España. Decia su decision que Mayena « impediria que con pretesto de religion, pasara la corona al extranjero. »

En suma, al cabo de treinta años de guerras, católicos y protestantes se podian convencer de que eran impotentes. Ni unos ni otros, ni la Liga, á pesar del oro y los soldados de Felipe II, ni el rey de Navarra, á pesar de la gloria de Coutras, Arques é Ivry, podian fundar un gobierno nacional. La Francia rechazaba á los de la Liga como instrumentos y cómplices del extranjero y á Enrique IV como herético. No quedaba mas que un recurso y era preciso aprovecharle cuanto antes, pues el reino entraba ya en dissolution: el rey de Navarra tenia que sacrificar sus creencias á la nacion, puesto que la nacion no queria sacrificarle las suyas. Hacia-se necesaria la conversion de Enrique y hasta el papa Sixto V la indicó como el único desenlace posible de la intrincada crisis en que se hallaban la Europa y la Francia. « Si estuviera presente el rey de Navarra, dijo Sixto V, de rodillas le suplicaria que se hiciese católico. »

Mucho le costaba al hijo de Juana de Albret, al discípulo de Coligny, el romper con aquellos hugonotes « que le habian transportado á hombros desde el Loira; » pero tambien muchos de estos opinaban así: y con efecto, el 25 de julio abjuró en San Dionisio.

La Liga no tenia ya razon de ser y no pudo impedir que el Bearnés se llevara la victoria. Brissac le entregó Paris (12 de marzo de 1594), y el año siguiente (1595) recibió la absolucion pontificia. Era imposible que los de la Liga fuesen mas exigentes que el papa. El duque de Guisa habia cedido ya (noviembre de 1593) y Mayena hizo su submission á principios de 1596. Sin embargo, todos ellos, á ejemplo de Brissac, vendieron á buen precio su obediencia. Una guerra corta con España, ilustrada por el combate de Fontaine-Française (1595) y la reconquista de Amiens

(1597), produjo la paz de Vervins que restableció los límites de ambos reinos sobre las mismas bases del tratado de Cateau-Cambresis (mayo de 1598). Tres semanas antes habia afianzado Enrique la paz interior firmando el célebre edicto de Nantes (abril de 1598) que, reproduciendo lo estipulado en el de Bergerac, aseguraba en todas partes á los protestantes la libertad de conciencia, la libertad del culto en los castillos y en muchas poblaciones; les concedia cámaras mixtas en los parlamentos para juzgar los procesos con los católicos; les daba cierto número de plazas llamadas dentro del Estado, y por último, les constituia en Estado por diputados cada tres años para presentar sus reclamaciones al gobierno.

CAPITULO XVI.

CONSECUENCIAS DE LAS GUERRAS DE RELIGION EN FRANCIA, ESPAÑA, INGLATERRA Y HOLANDA.

Decadencia y ruina de España. — Prosperidad de Inglaterra y de Holanda. — Reorganizacion de la Francia por Enrique IV (1598-1610).

Decadencia y ruina de España.

Cuando murió Felipe II, cuatro meses despues del tratado de Vervins y el edicto de Nantes, no solo habia visto fracasar sus ambiciosos designios sobre la Europa occidental, sino que pudo contemplar tambien la ruina de sus Estados hereditarios. Tan funesto fué el *demonio del mediodía* para los suyos como para sus enemigos. Perdió la mitad de los Países Bajos, y solo una corona le quedaba de las tres que pretendia; pero privada de sus mas bellos florones y siendo ya España un cadáver vivo.

No hemos hablado aun de ciertos hechos que aunque importantes son accesorios, por no alterar la unidad en el gran drama de las guerras de religion; pero ahora los señalaremos aquí para concluir el cuadro de aquel reinado y para demostrar cuáles fueron para España las consecuencias de aquella ambicion insaciable. Es una leccion moral única en la historia.

Nos referimos á la conquista de Portugal, á la lucha que sostuvo Felipe II contra los turcos en el Mediterraneo, y, finalmente, á sus intrigas para dominar el mar del Norte y el Báltico apoderándose de Dinamarca.

La muerte de Don Sebastian en Alcazarquivir al sur de Tánger en una expedicion que hizo á Africa, transmitió la